

¡A bas le traître!

("Las Noticias" Barcelona, 13 agosto 1899).

¡A bas le traître!

«L' affaire Dreyfus» es un tema inagotable de reflexiones. Sólo los badulaques pueden llamarle lata. Y el tal «affaire» es un negocio universal. En torno de él juegan las fuerzas más profundas de nuestra civilización occidental.

Un rasgo que importa hacer resaltar es el de que el pueblo, lo que llamamos por antonomasia el pueblo, es, cuando no indiferente, hostil á Dreyfus. Del pueblo sale la voz de ¡a bas le traître! ¡abajo el traidor! y las de ¡abajo los judíos! unido á lo de ¡viva el ejército!. «Le Petit Journal», parto cotidiano de porteras y cocheros, es rabiosamente anti-dreyfussista y por lo tanto rabiosamente patriotero.

De parte de Dreyfus se ha puesto lo más y lo mejor del elemento intelectual, que tan bien representa Zola.

El pueblo, en efecto, sigue siendo profundamente pagano; quién no habla como él apenas es persona. En su conciencia se junta muy oscuramente la Humanidad.

Si alguna vez parece dejar de ser patriota es para hacerse algo más chico, y cuando abraza el regionalismo, por ejemplo, no es aquel generoso y elevado que busca en la desintegración de nuestras frágiles nacionalidades la base de una futura integración más honda de los pueblos, basada en analogías y diferencias étnicas y en comunidad real de intereses, sino a quel regionalismo mezquino y pobre que se expresa como hostilidad al «intruso», al «maqueto» que dicen en Bilbao, mi pueblo.

Es un hecho que se ha hecho notar más de una vez, el de que en los primeros siglos de nuestra era, cuando el cristianismo se difundía en Roma y la persecución sobre él se cebaba, fuera el pueblo, la plebe, la que más odio demostró á los cristianos, esclavos y extranjeros los más. Los intelectuales los miraban con cierto desdén; Tácito no veía en ellos más que una secta extravagante, digna de castigo por su odio á la humanidad. No se preocupaban siquiera de averiguar cómo pensaban y sentían, eran unos anti-patriotas.

¡Anti-patriotas! Tal fué la acusación que se hizo á los primeros cristianos por el pueblo mismo. Acusábaseles de impíos y de ateos, porque no acataban los sacramentos ni los dioses paganos; de que «minaban la constitución religiosa del Imperio», de que erau una «sociedad de ateos sin patriotismo.»

•El populacho del mundo antiguo—dice Benjamin Kidd, en su hermosa obra «La



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

A.5-2/220



evolución social—consideraba justamente como un peligro público á los adeptos de una religion cuyas teorías altruistas eran la negación de todos los vinculos de raza, de nacionalidad y de clase; tratábalos, por consiguiente, como indignos de formar parte de este mundo, constituido con arreglo á cierto modelo triunfante á la sazón, marcados con un signo infamante para todos los hombres de cualesquiera creencias ó nacionalidad.»

¡Anti-patriota! Tal fué la acusación capital que echaron los judíos sobre Jesús, sobre el que les dije que su reino no era de este mundo y huyó cuando las turbas quisieron hacerle rey, sobre el que les ordenó pagar el tributo á César, el extranjero dominador, el tirano. «Pervierte á la nación», decían los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes, y por anti-patriota le llevaron los sacerdotes ante Pilatos, el representante del poderío militar de Roma. El sacerdocio y la milicia se unieron contra el gran anti-patriota.

Anti-patriota, sí; por anti-patriota, tal como el patriotismo se entendía entonces, se crucificó á Cristo; por anti-patriota. Los pontífices y los fariseos juntos en concilio se dijeron: «Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y nación». (Evangelio de San Juan, cap. XI, versillo 48).

¡Vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y nación! ¡Muera el traidor! ¡Crucifiquemos al anti patriota!

No faltará lector á quien le parezca impío, y si no impío, de «mal gusto», el cotejo que aquí hago. Pero yo siento con arraigadísimo sentimiento, que cada hombre es un Cristo, y se que es lo más profundamente cristiano el ver un Cristo en cada perseguido. Me importa poco que Dreyfus haya sido ó no lo que llaman traidor. Lo importante es todo el fondo de triste paganismo que en la acusación de anti patriota se encierra.

¡Vendrán los alamanes y borrarán á Francial «¡A bas le traître!» ¡Mueran los judíos! ¡Viva el ejército! ¡Soldad á Barrabás!

Hay mucho, pero mucho que meditar en el asunto Dreyfus, bajo el cual luchan dos mundos, y como no sería difícil que ese asunto repercutiese aquí, en nuestra pobre España, no está de más que en él fijemos toda nuestra atención.

¡Pobres patrias! ¡Cómo las degradan y envilecen en nombre del patriotismo! No es el amor al hermano, no, al hermano más próximo y más semejante, al compatriota, es el odio al extranjero, al intruso, al que viene de fuera á disputarnos la pitanza. «España para los españoles», tal es la fórmula. ¿Ese? ¿Ese... que se vaya á su tierra!

¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen!—clamó Jesús desde la cruz refiriéndose á los patriotas que le atormentaban.

Miguel de Unamuno



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES

4.5.2 / 220